

www.elboomeran.com/

M. O. GERSHENZÓN
V. I. IVÁNOV

CORRESPONDENCIA
DESDE DOS RINCONES
DE UNA HABITACIÓN

TRADUCCIÓN DE
YULIA DOBROVOLSKAYA PESINA

Jús

CORRESPONDENCIA

Gershenzón fue uno de los pensadores rusos más importantes de la segunda mitad del siglo XIX; consideró la revolución bolchevique un fenómeno social que liberaría al hombre de la acumulación excesiva de valores culturales. Por su parte, Ivánov, también llamado «Viacheslav el Magnífico», fue discípulo de Mommsen; escribió brillantes ensayos literarios y poesía, caracterizada por su contenido altamente intelectual. Ambos compartieron el cuarto y reflexionaron sobre el estado y el destino de Occidente.

Con Europa en ruinas, Rusia pasó por la revolución de 1917, y el proletariado, tras el zarismo, accedió al gobierno; la idea de progreso, sustentada en su herramienta más poderosa —la ciencia—, derivó en el desarrollo de armas de guerra utilizadas en un conflicto bélico de magnitudes nunca antes vistas. ¿Qué hacer ante esa realidad asfixiante? La correspondencia entre Gershenzón e Ivánov es un juego de preguntas y respuestas. Siempre pertinentes, también ahora.

N. del E.

www.elboomeran.com/

CORRESPONDENCIA
DESDE DOS RINCONES
DE UNA HABITACIÓN

III

A M. O. Gershenzón

No soy ningún constructor de sistemas, mi querido M. O., aunque tampoco soy de aquellos escamados que creen que todo lo dicho es mentira.¹ Estoy acostumbrado a vagar por el «bosque de símbolos»,² el simbolismo de la palabra es tan claro para mí como el beso de amor buscado, añorado, porque de la abundancia del corazón habla la boca.³ Nada mejor tiene

¹ Cita oculta del poema «Silentium!» (1830) de Fiódor Tiútchev, célebre poeta ruso.

² Charles Baudelaire, «Correspondencias».

³ Mateo 12:34; Lucas 6:45.

la gente para ofrecer a los demás que la confesión fehaciente de sus atisbos o nociones de una consciencia superior, espiritual. Y lo único de lo que debe cuidarse es de aportar a estos mensajes, a estas confesiones, un carácter forzado, es decir, de convertirlos en patrimonio de la razón. La razón es compulsiva por naturaleza, mientras que el espíritu sopla por donde quiere.⁴ Las palabras deben de ser símbolos espirituales de la experiencia interior e hijas verdaderas de la libertad. Igual que la canción no fuerza al poeta sino que lo mueve, las palabras deben mover el espíritu de los oyentes sin someter su convicción al modo en que se expone un teorema.

La soberbia y la sed de poder son culpa de la metafísica, una culpa trágica, puesto que, emancipada del seno del conocimiento espiritual global, al dejar atrás la casa natal de la

⁴ Juan 3:8.

religión original, inevitablemente tenía que ansiar el cientificismo y andar a la caza del centro de la gran forzadora, la ciencia. El estado de ánimo que se ha apoderado de usted —la sensación aguda del peso desmesurado del acervo cultural que arrastramos— se deriva en gran parte de vivir la cultura como un sistema de coacciones superfinas en vez de percibirla como un tesoro vivo. Nada sorprendente: en efecto, la cultura aspiraba exactamente a convertirse en un sistema de coacciones. Para mí, en cambio, es la escalera del Eros y la jerarquía de las veneraciones. Y hay tantos fenómenos y rostros que me infunden veneración, desde el hombre y sus instrumentos, su gran obra y su dignidad ultrajada, hasta los minerales, que me es dulce naufragar en este mar (*il naufragar m'è dolce in questo mare*),⁵ naufragar en Dios. Porque mis veneraciones son libres: ninguna

⁵ Giacomo Leopardi, *El infinito* (1826).

es obligatoria, todas son abiertas y accesibles, y cada una aporta felicidad a mi espíritu. Aunque la verdad es que cada veneración, al transformarse en amor, descubre gracias a la mirada perspicaz del amor la tragedia interior y la culpa trágica en toda cosa apartada de los orígenes de la existencia y encerrada en sí: debajo de cada rosa de la vida se perfila la cruz de la cual nace la flor. Pero esto ya es añoranza de Dios: la atracción que siente el alma-mariposa hacia la muerte flamante. Quien no conoce esta atracción fundamental, en las verdaderas y profundas palabras de Goethe, pese a no quitarse la máscara alegre sufre una congaja abominable, es «un huésped oscuro sobre la tierra tenebrosa».⁶

Nuestra verdadera libertad, nuestra noble felicidad y nuestro noble sufrimiento, siempre están con nosotros y ninguna cultura pue-

⁶ Goethe, *Feliz anbelo* (1814).

de arrebatárnoslos. La debilidad de la carne es más terrible, ya que el espíritu está dispuesto pero la carne es débil;⁷ el hombre está más indefenso ante la pobreza y la enfermedad que ante los ídolos muertos. La abolición forzosa no le ayudará a sacudirse de los hombros el odioso yugo de la macabra herencia, porque volverá a crecer por sí sola —tampoco el camello se queda sin joroba cuando lo liberan de su carga—, pero el espíritu se libera aceptando otra carga, el «yugo fácil».⁸ En efecto, dice usted al hombre que subyuga su riqueza: «¡Sé! (*Werde*)» pero parece que se le olvida la condición que puso Goethe: «¡Primero muere! (*stirb und werde*)». La muerte, es decir, la metamorfosis de la personalidad, es la liberación ansiada. Lávate en el manantial y arde en

⁷ Mateo 26:41.

⁸ Mateo 11:30.

CORRESPONDENCIA

llamas. Está siempre al alcance, en cualquiera de las mañanas del espíritu que se despierta a diario.

V. I.

19 de junio de 1920

IV

A V. I. Ivánov

Cada vez me interesa más nuestra correspondencia desde un rincón al otro, comenzada por pura casualidad. Lo recordará: en mi ausencia, usted me ha escrito la primera carta y, al salir, la ha dejado encima de mi mesa; le he respondido mientras usted ha estado fuera. Ahora escribo en su presencia, en tanto usted, sumergido en serenas reflexiones, se esfuerza en alisar con su mente los duros pliegues seculares, de los tercetos de Dante, para luego, mirando el patrón, moldear su semejanza en el verso ruso. Escribo porque de esta manera lo dicho saldrá más

rotundo, porque las ideas se percibirán con mayor nitidez igual que se percibe un sonido en medio del silencio. Y después de cenar, cada uno se tumbará en su cama, usted con una hoja de papel, yo con un librito encuadernado en piel; usted recitará para mí su traducción del *Purgatorio*, fruto del trabajo matutino, yo iré comprobando y discutiendo. Y de nuevo hoy, como en días pasados, me deleitaré con la miel espesa de su poesía pero también experimentaré de nuevo ese familiar sentimiento abrumador.

¡Oh, amigo mío, cisne de Apolo! Pero ¿por qué la emoción era tan viva, por qué la idea era tan fresca y la palabra tan contundente entonces, en el siglo XIV, por qué nuestros pensamientos y nuestras emociones son tan pálidos y nuestro discurso parece envuelto en una telaraña? Su consideración acerca de la metafísica interpretada como un sistema de coacciones apenas perceptibles, ya; pero en realidad me

refiero a algo distinto, a nuestra cultura en su totalidad y a los miasmas finísimos con los que ha impregnado la tela de la existencia, no de las coacciones sino de las tentaciones que han corrompido, han debilitado, han deformado nuestro espíritu. E incluso, no me refiero a esto, es decir, no a las consecuencias ni a los daños que ha causado la cultura, puesto que evaluar los beneficios o los daños es cosa de la razón y cualquier argumento que tome la espada, a espada perecerá.¹ ¿Acaso podemos confiar en nuestra mente sabiendo a ciencia cierta que la ha criado la cultura y, por tanto, la adora igual que un siervo mediocre adora a su señor que lo asciende?

Otro juez incorruptible ha levantado su voz en mi interior. Sea porque me he cansado de arrastrar la carga insostenible, o porque del fondo del arca de los conocimientos y de las habilidades me ha iluminado mi espíritu prís-

¹ Mateo 26:52.

tino, desde dentro se ha formulado, se ha establecido en mí un sentimiento sencillo, tan evidente como el hambre o el dolor. No juzgo la cultura, me limito a testificar: me ahogo en ella. Mi mente, como la de Rousseau, engendra el bienestar: la libertad absoluta, el espíritu libre de cualquier carga, la despreocupación paradisiaca. Sé demasiado y esta carga me pesa. No me he hecho con este conocimiento mediante la experiencia viva, sino general y ajena, heredada de los ancestros y de los antepasados; ha penetrado mi mente tentándome con la demostrabilidad y la colmó. Y siendo algo generalizado, mostrado por encima de todo lo personal, su condición de indiscutible me hiela el alma. Como millones de hilos irrompibles me enredan los conocimientos incalculables, impersonales, indiscutibles, espeluznantemente inevitables.

¿Y de qué me sirven? En su mayoría me son inútiles. Inmerso en el amor o el sufrimiento

no los necesito, no es gracias a ellos que aprendo lentamente mi destino cometiendo errores fatales o disfrutando logros inesperados, y a la hora de morir, por descontado, no me acordaré de ellos. Pero obstruyen mi mente como la basura, están aquí, en cada instante de mi vida, y como una cortina polvorienta se sitúan entre mi yo y mi alegría, mi dolor, cada idea que se me ocurre. Este infinito conocimiento impersonal, las especulaciones incalculables, las verdades, las hipótesis, los principios de pensamiento y las leyes éticas, ese cúmulo de riquezas intelectuales que lleva cada uno de nosotros es el causante del agobio que nos consume. Sólo piense en algo: la doctrina de la cosa-en-sí y el fenómeno. El gran Kant descubrió que no sabemos nada de la cosa y todos los indicios que percibimos son representaciones nuestras. Schopenhauer reforzó esa verdad mostrando claramente que estamos encerrados dentro de nosotros mismos y no tenemos recursos para

CORRESPONDENCIA

salir más allá de los límites de nuestra conciencia y contactar con el mundo. El noúmeno es inabordable para el hombre; conociendo el mundo tan sólo conocemos los fenómenos y las leyes de nuestro espíritu; tan sólo intuimos o soñamos el mundo exterior: no existe, nuestro aparato de percepción es la única realidad.

Ese descubrimiento fue lógicamente irrefutable. La verdad resplandeció como un rayo de luz en medio de la noche, la conciencia no tuvo otra opción que obedecer sin rechistar. Se produjo la gran revolución intelectual: las cosas, los hombres, el yo como una criatura, en una palabra toda la realidad, tan tupida y tangible antes, de repente pareció elevarse en el aire, a la altura de un pie, y se contagió de diafanidad. No hay nada sustancial; todo lo que parece un ente no es más que espejismos creados metódicamente con los que nuestro espíritu, Dios sabrá con qué fin, llena el vacío. Cien años estuvo dominando esta doctrina y produjo

cambios profundos en la conciencia humana. Y finalmente se agotó; de un modo imperceptible perdió la fuerza, el brillo, se extenuó; los filósofos se atrevieron a levantarse en defensa de la experiencia, antigua e ingenua, el mundo exterior recuperó su realidad incuestionable, del descubrimiento deslumbrante se salvó tan sólo su humilde embrión: la verdad que halló Kant relacionada con que las categorías formales de nuestro conocimiento, las categorías del tiempo, el espacio y la causación no son reales sino ideales; no son propias del mundo sino de la conciencia que los aplica a la experiencia, de igual manera que la red lineal se superpone al mapa.

La quimera secular se disipó, ¡pero qué huellas más terribles dejó! La pesadilla de lo ilusorio todavía envuelve la mente en una telaraña delirante. El hombre regresa a la sensación de la existencia real como un convaleciente que se recupera tras una grave enfermedad, poseído

por una sensación dolorosa y angustiada: ¿no será lo que le espera otro sueño? Así el pensamiento abstracto construye en los laboratorios científicos conocimientos y sistemas infalibles para él pero ajenos al espíritu, y cuando la verdad de turno con el tiempo se resquebra inevitablemente por los cuatro costados y se viene abajo, nosotros, llenos de angustia, nos preguntamos: ¿para qué durante tantos años ha encorsetado las mentes limitando su libertad de movimientos? De igual modo que nos tientan la gracia y la comodidad de los artículos que se venden en las tiendas, las ideas y los conocimientos nos tientan con su vana seducción, y nuestro espíritu se sobrecarga igual que nuestras casas atiborradas de objetos. Las ideas y los conocimientos me son fructíferos siempre que nazcan en mí de modo natural, alimentándose de mi experiencia personal, o cuando he percibido que los necesito imperiosamente, pero los asimilados desde fuera y sin

necesidad son similares a los cuellos de goma, los paraguas, las botas y los relojes que el negro desnudo de la espesa fronda africana consigue mediante trueque con un europeo. Por eso digo: me aburre el exceso de objetos impersonales en mi casa, pero infinitamente más me pesa la carga acumulada en mi espíritu. Cambiaría todos los conocimientos e ideas extraídos de los libros, además de los que he sabido construir a partir de ellos, por la alegría de descubrir personalmente por mi propia experiencia al menos una noción prístina, fresca como una mañana de verano.

Repito: el asunto no es la compulsión de la que usted escribe, sino la tentación; y la tentación es más coactiva que la violencia. La razón abstracta inculca en el hombre sus descubrimientos a través de la tentación de la verdad objetiva. Usted dice: si nos sacudimos la carga, inevitablemente volveremos a acumularla de nuevo. Esto no se discute: no podemos

librarnos de nuestra razón ni transformar su naturaleza. Pero sé y creo que son posibles otra creatividad y otra cultura que no enconserten cualquier acto de conocimiento en un dogma, que no desequen todo hasta convertirlo en una momia y cualquier valor en un fetiche. No estoy solo —son muchos los que se están ahogando rodeados por estos muros de piedra— y usted, el poeta, ¿acaso aguantaría aquí sin quejarse de no estar tocado por el gozoso don, aunque sea esporádico y fugaz, de poder escapar volando sobre las alas de la inspiración hacia el espacio libre del espíritu? Lleno de envidia, sigo con la mirada sus vuelos, los suyos y los de otros poetas contemporáneos: ¡el espacio existe y la humanidad tiene alas! Aunque mis ojos —¿será su culpa?— también ven otras cosas: ¡las alas se han hecho pesadas y los cisnes de Apolo alcanzan poca altura! ¿Y cómo iba a mantener el poeta la fuerza y la frescura de la inspiración innata en nuestra época tan instruida? ¡Para sus

treinta ya ha leído tantos libros, ha participado en tantas tertulias filosóficas, está tan saturado de la especulación abstracta de su entorno!

Y aprovecho para responder a su último llamamiento. La metamorfosis de la personalidad, la liberación verdadera de la que usted habla al final, la *Flammentod*² de Goethe, es también un ímpetu y un vuelo del espíritu semejante a la inspiración de los poetas pero incomparablemente más atrevido y osado. Por eso hoy día son tan escasos los acontecimientos similares, son notablemente más raros que las obras de arte geniales. El «acervo cultural» ejerce sobre el hombre una presión de sesenta atmósferas o más, su yugo, dada la tentación, realmente es un yugo fácil; la mayoría no lo nota y ¡pobre de aquel que lo perciba e intente lanzarse arriba atravesando ese grosor! Porque no está encima de la cabeza sino dentro; sim-

² Muerte en llamas.

CORRESPONDENCIA

plemente el hombre va lastrado y las alas de la genialidad apenas son capaces de elevar su espíritu por encima de su cargada conciencia.

M. G.